

A2-B1

15 citas este otoño

Джулс Хониг

Vive
el momento,
escribe
tu historia

Pequeños
momentos,
grandes
recuerdos

Hecho
con amor

18+

Planes imperfectos

Historias bonitas

Café y risas

Sueños por cumplir

Джулс Хониг

15 citas este otoño

<https://litres.ru/74410513>

SelfPub; 2026

Аннотация

Клара решает превратить осень в небольшой эксперимент: пятнадцать свиданий до конца октября, чтобы наконец разобраться, чего она хочет от любви. В её списке появляются совершенно разные парни, а вместе с ними смешные ситуации, неловкие разговоры, неожиданные симпатии и несколько свиданий, о которых лучше поскорее забыть.

Но чем ближе конец октября, тем яснее Клара понимает: чувства не подчиняются спискам и планам. Пока она ищет любовь среди новых знакомств, рядом всё это время остаётся Лео, её светловолосый друг, который знает, какой кофе она любит, замечает её настроение и почему-то слишком внимательно следит за её свиданиями.

На фоне золотой Саламанки, дождливых улиц, уютных кафе, книжных магазинов и последних листьев октября Кларе предстоит понять, что иногда самая важная история начинается совсем не с первого свидания.

«15 citas este otoño» - лёгкая романтическая история о первой любви, взрослении, дружбе и осени, которая пошла совсем не по плану на испанском уровне A2-B1.

Содержание

Capítulo 1. La lista	7
Vocabulario del capítulo	7
Capítulo 1. La lista	8
Ejercicios de vocabulario	25
Ejercicio 1. Relaciona	25
Ejercicio 2. Completa las frases	26
Ejercicio 3. Elige la opción correcta	26
Respuestas. Vocabulario	28
Gramática. Pretérito Perfecto y Pretérito Indefinido	29
Ejercicios de gramática	31
Ejercicio 1. Elige el tiempo correcto	31
Ejercicio 2. Completa con Pretérito Perfecto o Pretérito Indefinido	31
Ejercicio 3. Corrige el error	32
Ejercicio 4. Traduce al español	32
Respuestas. Gramática	34
Capítulo 2. El chico perfecto	35
Vocabulario del capítulo	35
Capítulo 2. El chico perfecto	36
Ejercicios de vocabulario	52
Ejercicio 1. Relaciona	52
Ejercicio 2. Completa	53

Ejercicio 3. Verdadero o falso	53
Respuestas. Vocabulario	55
Gramática. Pronombres de objeto directo e indirecto	56
Ejercicios de gramática	57
Ejercicio 1. Sustituye el complemento	57
Ejercicio 2. Completa con me, te, le, nos o les	57
Ejercicio 3. Usa dos pronombres	57
Ejercicio 4. Traduce al español	58
Respuestas. Gramática	59
Capítulo 3. Una cita bajo la lluvia	60
Vocabulario del capítulo	60
Capítulo 3. Una cita bajo la lluvia	61
Ejercicios de vocabulario	76
Ejercicio 1. Relaciona	76
Ejercicio 2. Completa las frases	77
Ejercicio 3. Verdadero o falso	77
Respuestas. Vocabulario	78
Gramática. Estar + gerundio y acciones en progreso	79
Ejercicios de gramática	81
Ejercicio 1. Forma el gerundio	81
Ejercicio 2. Completa con estar + gerundio	81
Ejercicio 3. Elige entre acción en progreso y acción puntual	82
Ejercicio 4. Traduce al español	82

Respuestas. Gramática	83
Capítulo 4. Mi madre ya lo sabe	84
Vocabulario del capítulo	84
Capítulo 4. Mi madre ya lo sabe	85
Конец ознакомительного фрагмента.	100

Джулс Хониг

15 citas este otoño

15 CITAS ESTE OTOÑO

Una historia romántica de otoño

Capítulo 1. La lista

Vocabulario del capítulo

volver a clase — вернуться к занятиям

el curso — учебный год, курс

la compañera de piso — соседка по квартире

el exnovio — бывший парень

enterarse de — узнать о чём-либо

superar una ruptura — пережить расставание

tener una cita — пойти на свидание

hacer una apuesta — заключить пари

atreverse a — осмелиться на

poner una condición — поставить условие

hacer una lista — составить список

estar soltero / soltera — быть свободным / свободной

salir con alguien — встречаться с кем-либо

cambiar de tema — сменить тему

tener razón — быть правым

Capítulo 1. La lista

El primer lunes de septiembre, Salamanca parecía haber decidido que el verano todavía no había terminado. A las nueve de la mañana el aire era fresco, pero el sol ya calentaba las fachadas de piedra y hacía brillar las ventanas de los edificios antiguos. Las terrazas estaban abiertas, las bicicletas cruzaban las calles estrechas y, delante de la universidad, grupos de estudiantes hablaban demasiado alto después de varias semanas sin verse. Clara Martín caminaba entre ellos con una bolsa de tela al hombro, un café frío en la mano y la sensación de que todo el mundo había vuelto de las vacaciones con una vida más interesante que la suya. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta alta, aunque varios mechones se escapaban alrededor de su cara cada vez que soplaba el viento. Había elegido una camiseta verde oscura y unos vaqueros claros, una combinación sencilla que no exigía pensar demasiado a las siete de la mañana.

Clara tenía diecinueve años y empezaba su segundo curso en la universidad. El año anterior había llegado a Salamanca convencida de que la vida universitaria sería una sucesión de planes espontáneos, amistades perfectas, cafés interminables y decisiones importantes tomadas bajo árboles centenarios. La realidad había sido menos elegante. Había perdido un autobús el día de un examen, había quemado una sartén en el piso que compartía con dos amigas y había pasado tres semanas

preparando una presentación que el profesor resumió con un breve “bien”. También se había enamorado de Daniel, un estudiante de Economía de veinte años que hablaba muy rápido, siempre llevaba camisetas blancas y tenía la costumbre de decir “ya veremos” cuando no quería comprometerse con ningún plan.

La relación con Daniel había durado nueve meses y había terminado a finales de junio. No hubo gritos, traiciones ni una escena dramática bajo la lluvia. Él dijo que necesitaba espacio. Clara respondió que probablemente ella también. Después se fueron a casa por el verano y dejaron de escribirse. Durante julio, Clara había repetido a todo el mundo que estaba perfectamente. En agosto empezó a creerlo. Por eso, aquella mañana de septiembre, cuando vio a su amiga Lucía corriendo hacia ella con una expresión sospechosa, no imaginó que el día iba a cambiar de dirección antes incluso de su primera clase.

—Clara, tengo que decirte una cosa.

—Buenos días para ti también.

—Prométeme que no vas a enfadarte.

—No puedo prometer eso sin saber qué has hecho.

—Yo no he hecho nada.

—Eso es exactamente lo que dice una persona que ha hecho algo.

Lucía frenó delante de ella. Era pequeña, llevaba una chaqueta amarilla demasiado alegre para aquella conversación y sujetaba el teléfono con las dos manos. Clara conocía aquella postura. Significaba que había una fotografía, un mensaje

o una publicación que Lucía consideraba importante y que probablemente Clara preferiría no ver. Durante dos segundos, Clara pensó en negarse. Podía entrar en clase, apagar el teléfono y conservar la paz hasta la hora de comer. Sin embargo, la curiosidad ganó. Lucía le enseñó una fotografía publicada la noche anterior. Daniel estaba en una terraza de Madrid, sonriendo junto a una chica rubia. No estaban besándose. Ni siquiera se tocaban de una forma especialmente romántica. Pero el texto debajo de la imagen decía lo suficiente: “El mejor final para el mejor verano” y un corazón rojo.

Clara observó la pantalla. Primero sintió sorpresa. Después apareció una molestia pequeña y absurda, como cuando alguien ocupa el asiento que una persona usa siempre aunque no tenga ningún derecho sobre él. Daniel era su exnovio. Podía salir con quien quisiera. Ella lo sabía. Además, habían pasado más de dos meses desde la ruptura. Todo era lógico. El problema era que las emociones tenían una relación bastante irregular con la lógica.

—¿Estás bien? —preguntó Lucía.

—Sí.

—Has dicho “sí” con cara de querer lanzar mi teléfono a una fuente.

—No quiero lanzar tu teléfono.

—¿El suyo?

—Quizá el suyo.

Lucía guardó el móvil. Clara bebió un poco de café y descubrió que ya estaba casi caliente. Alrededor de ellas, el

campus seguía funcionando como si nada importante hubiera ocurrido. Un chico buscaba desesperadamente un aula. Dos chicas se abrazaban junto a una escalera. Alguien discutía por teléfono sobre un horario. Clara agradeció aquella normalidad. No quería que la nueva novia de Daniel se convirtiera en el acontecimiento principal de su regreso. La primera clase fue Historia Contemporánea y Clara no escuchó ni la mitad. Escribió la fecha, el título y tres frases sobre el programa. Después empezó a dibujar cuadrados en el margen del cuaderno. Cada vez que intentaba concentrarse, volvía a recordar la fotografía. No porque quisiera recuperar a Daniel. Eso era lo extraño. Si él hubiera aparecido delante de ella y le hubiera pedido volver, Clara estaba casi segura de que habría dicho que no. Lo que le molestaba era descubrir que él había avanzado antes que ella. Durante el verano, ella había leído seis novelas, trabajado algunas semanas en una cafetería de su barrio, visto demasiadas series con su madre y rechazado dos invitaciones a salir porque “todavía no le apetecía”. Daniel, en cambio, parecía haber empezado otra historia.

Al terminar la clase, Clara decidió que no iba a dedicarle más energía. Tomó una decisión firme, adulta y muy razonable: no volvería a mirar la fotografía. Cinco minutos después la abrió otra vez. A la hora de comer ya conocía el nombre de la chica, su carrera y el hecho de que tenía un perro llamado Coco. Entonces comprendió que necesitaba intervención externa. Aquella tarde volvió al piso que compartía con Lucía y Marta. Vivían en una

tercera planta sin ascensor, a quince minutos andando de la universidad. El salón tenía un sofá azul que habían comprado de segunda mano, una mesa redonda llena de marcas de vasos y un balcón pequeño desde el que se veía la parte superior de una iglesia. Marta todavía no había vuelto de clase. Lucía estaba sentada en el suelo organizando libros cuando Clara dejó el bolso y se dejó caer sobre el sofá.

—He investigado a la chica.

—Ya lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco.

—Solo un poco.

—Sabes cómo se llama su perro.

—Coco.

—Clara.

—Ya he parado.

Lucía cerró un libro y la miró con paciencia. Se conocían desde el colegio y sabía cuándo Clara necesitaba consuelo y cuándo necesitaba que alguien le dijera algo incómodo. Aquella tarde eligió la segunda opción.

—No quieres volver con Daniel.

—No.

—Entonces el problema no es Daniel.

—Gracias, psicóloga.

—El problema es que llevas todo el verano evitando cualquier posibilidad de conocer a alguien.

—He conocido gente.

—El camarero de la playa no cuenta.

—Se llamaba Sergio.

—Precisamente.

Clara cogió un cojín y se lo lanzó. Lucía lo atrapó riéndose. En ese momento se abrió la puerta y Marta entró con dos bolsas del supermercado. Escuchó únicamente las palabras “Daniel”, “camarero” y “problema”, dejó las bolsas sobre la mesa y anunció que necesitaba un resumen completo antes de guardar la leche. Diez minutos después, las tres estaban en la cocina. Marta cortaba un melocotón, Lucía explicaba su teoría y Clara defendía su derecho a pasar el resto de su vida sin una sola cita si así lo deseaba. La ventana estaba abierta y entraba el ruido de la calle. Todavía hacía suficiente calor para cenar en el balcón. Sobre los tejados, la luz de septiembre empezaba a volverse dorada.

—No digo que necesites novio —dijo Lucía—. Digo que necesitas dejar de comportarte como si una cita fuera una entrevista de trabajo.

—Las entrevistas de trabajo son más sencillas.

—Eso confirma mi argumento —dijo Marta.

—No quiero buscar una relación.

—Perfecto —respondió Lucía—. Entonces no busques una relación.

—¿Y qué busco?

—Historias.

—Eso suena peligroso.

—Suená divertido.

Marta se apoyó en la encimera y miró a Lucía. Clara reconoció inmediatamente aquella mirada. Sus amigas estaban a punto de inventar algo y, por experiencia, sabía que intentar detenerlas solo hacía el proceso más rápido.

—Quince —dijo Marta.

—¿Quince qué?

—Citas.

—No.

—Ni siquiera he explicado las reglas.

—No necesito las reglas para saber que no.

—Quince citas este otoño —continuó Marta—. Sin buscar novio. Sin pensar si alguien puede ser el amor de tu vida. Solo conocer gente.

—Estáis enfermas.

—Un poco —admitió Lucía.

La idea era ridícula. Clara lo dijo varias veces. Quince citas eran demasiadas. Además, ¿de dónde iban a salir quince personas? Lucía respondió que Salamanca estaba llena de estudiantes. Marta añadió que no tenían que ser quince historias de amor, solo quince primeras citas. Un café, una exposición, un paseo, una película. Una hora con alguien nuevo. Si la conversación era horrible, Clara podía marcharse. Si era agradable, mejor. El objetivo no era enamorarse. El objetivo era atreverse. Clara quiso rechazarlo de inmediato, pero una parte de ella empezó a divertirse. Quizá porque el plan convertía

algo que le daba inseguridad en una especie de juego. Desde la ruptura, cada vez que alguien le proponía presentarle a un chico, Clara imaginaba automáticamente el resultado final. ¿Le gustaría? ¿Ella le gustaría a él? ¿Podría convertirse en algo serio? ¿Volvería a terminar mal? Quince primeras citas eliminaban esa presión. No tenía que encontrar a nadie. Solo tenía que aparecer.

—Necesitamos reglas —dijo Clara.

—¡Ha dicho que sí! —gritó Lucía.

—No he dicho que sí.

—Has pedido reglas. Legalmente es un sí.

—No funciona así.

—En esta casa sí.

Marta buscó un cuaderno naranja que usaban para listas de compras y arrancó una hoja. En la parte superior escribió con letras grandes: “15 CITAS ESTE OTOÑO”. Clara protestó porque parecía el título de un programa de televisión barato. Lucía añadió una pequeña hoja dibujada junto al número quince. Después empezaron a negociar. La primera regla decía que cada cita debía ser con una persona diferente. La segunda, que Clara no podía aceptar a alguien que le pareciera desagradable solo para completar el número. La tercera, que tenía derecho a marcharse en cualquier momento si se sentía incómoda. La cuarta, propuesta por Clara, prohibía a sus amigas enviar mensajes a nadie desde su teléfono. La quinta establecía que después de cada cita habría un informe en la cocina, acompañado de algo para comer.

La sexta regla provocó una discusión. Lucía quería prohibir repetir cita con la misma persona hasta completar las quince. Clara dijo que aquello era absurdo: si conocía a alguien interesante en la cita número tres, no iba a ignorarlo durante seis semanas por obedecer un cuaderno naranja. Finalmente cambiaron la regla. Podía volver a ver a alguien, pero esas reuniones no contarían como nuevos números.

—Y una condición más —dijo Marta.

—¿Cuál?

—No puedes enamorarte.

—Eso no es una condición. No se puede controlar.

—Entonces escribe: “Intentar no enamorarse”.

—Eso es todavía más ridículo.

—Por eso me gusta.

Clara tomó el bolígrafo y, debajo de las reglas, escribió: “Objetivo: llegar viva a la cita número quince”. Las tres se rieron. En aquel momento, la idea dejó de parecer una reacción triste a una fotografía y se convirtió en algo suyo. Un plan para el comienzo del curso. Una historia privada entre amigas. Quizá incluso una forma de recordar aquel otoño cuando fueran mayores. Estaban discutiendo dónde encontrar al primer candidato cuando sonó el timbre. Marta miró el reloj y se levantó demasiado rápido.

—Ah, es Leo.

—¿Quién es Leo? —preguntó Clara.

—Un amigo de Arquitectura. Le he dejado unos apuntes.

—¿Y viene ahora?

—Sí.

—Marta, tenemos una reunión confidencial.

—Es una lista de citas, no secretos de Estado.

Marta abrió la puerta. Clara oyó una voz masculina en el pasillo y volvió a mirar la hoja, intentando decidir si debía esconderla. No tuvo tiempo. Unos segundos después apareció en el salón un chico alto con el pelo rubio, algo desordenado, una camiseta azul oscuro y una sobrecamisa beige que llevaba abierta. Tenía una carpeta bajo el brazo y una expresión tranquila, como si entrar en un piso lleno de desconocidos fuera una situación completamente normal. Marta hizo las presentaciones. Leo Navarro tenía veinte años, estudiaba Arquitectura y vivía dos calles más abajo. Conocía a Marta desde el curso anterior porque habían trabajado juntos en una actividad universitaria. Saludó a Lucía y después miró a Clara. Sus ojos bajaron un segundo hacia la hoja naranja que ocupaba el centro de la mesa.

—¿Quince citas este otoño? —leyó.

—No leas.

—Está escrito en letras de cinco centímetros.

—Sigue siendo privado.

—Entonces necesitáis una carpeta.

Clara agarró la hoja y la puso boca abajo. Leo sonrió, pero no de una forma desagradable. Parecía simplemente divertido. Marta fue a buscar los apuntes a su habitación y dejó a los

otros tres en un silencio breve. Lucía, que nunca había conocido un silencio que no quisiera destruir, explicó el experimento completo en menos de treinta segundos.

—Lucía —dijo Clara.

—¿Qué?

—He dicho que era privado.

—Él ya había leído el título.

—Solo el título.

—Era bastante informativo.

Leo se sentó en el brazo del sofá, todavía sonriendo. Clara decidió que ya no le caía bien. Era una decisión rápida y probablemente injusta, pero la manera en que miraba la hoja le daba la impresión de que estaba preparando un comentario.

—¿Y qué ganas si completas las quince? —preguntó Leo.

—Experiencia.

—¿Experiencia en qué?

—En conocer gente.

—Puedes conocer gente sin llamarlo cita.

—Gracias por la información.

—De nada.

Lucía escondió una sonrisa detrás de su vaso. Clara la vio y le lanzó una mirada de advertencia. Leo, en cambio, parecía completamente cómodo.

—¿Y si en la segunda cita conoces a alguien que te gusta? —preguntó él.

—Puedo volver a verlo. No cuenta como una nueva.

—Habéis pensado mucho en esto.

—Siete minutos.

—Impresionante.

—¿Tienes algún problema con mi lista?

—Ninguno.

—Tu cara dice otra cosa.

—Mi cara dice que esto va a terminar fatal.

Clara abrió la boca, sorprendida por la seguridad con la que lo había dicho. Lucía soltó una carcajada. En ese momento Marta regresó con los apuntes y se encontró a Clara mirando a Leo como si acabara de declarar una guerra.

—¿Qué ha pasado?

—Tu amigo cree que mi idea es horrible.

—No he dicho horrible —respondió Leo—. He dicho que va a terminar fatal.

—Es diferente —dijo Marta.

—Gracias por el apoyo.

—Yo creo que será divertido.

—Eso también puede ser fatal —dijo Leo.

Clara cruzó los brazos. El chico era irritante. También era, tuvo que admitir, bastante guapo. El pelo rubio le caía sobre la frente y tenía una pequeña cicatriz junto a una ceja. Pero Clara se negó a considerar aquel dato relevante. Estaba empezando un experimento para conocer gente nueva, no para analizar al primer hombre que entrara en su salón.

—No te preocupes —dijo Clara—. Tú no estás en la lista.

—Qué alivio.

—No parecía que estuvieras preocupado.

—Lo estaba muchísimo.

—Se nota.

Leo guardó los apuntes en la carpeta. Antes de marcharse, volvió a mirar la hoja que Clara todavía protegía con una mano.

—Una pregunta.

—No.

—Todavía no la he hecho.

—Me estoy adelantando.

—¿Cuándo es la primera?

—Todavía no existe.

—Entonces vuestro gran experimento tiene un pequeño problema.

—Lo solucionaremos.

—Seguro.

Se despidió de Marta, levantó una mano hacia Lucía y miró a Clara una última vez. Ella no supo si aquella sonrisa significaba buena suerte o “ya te lo dije” por adelantado. Cuando la puerta se cerró, esperó exactamente tres segundos.

—Es insoportable.

—Es divertido —dijo Lucía.

—No.

—Es guapo —añadió Marta.

—Eso no tiene ninguna importancia.

—No he dicho que la tenga.

—Además, no está en la lista.

—Eso ya se lo has dejado muy claro —dijo Lucía.

Clara volvió a sentarse. El sol estaba bajando y el salón se había llenado de una luz naranja suave. Desde el balcón llegaban conversaciones de la calle y el sonido de platos de una terraza cercana. Era una de esas tardes de septiembre en las que parecía imposible que el frío fuera a llegar algún día. Marta puso la hoja otra vez en el centro de la mesa. Quedaban quince líneas vacías. Clara sintió una mezcla de emoción y vergüenza. Aquello podía convertirse en una idea fantástica o en seis semanas de situaciones incómodas. Probablemente en las dos cosas.

—Necesitamos la cita número uno —dijo Marta.

—Mañana —respondió Lucía.

—¿Mañana?

—Cuanto antes empieces, menos tiempo tendrás para arrepentirte.

—Ese argumento no me tranquiliza.

Lucía abrió una aplicación de citas en su propio teléfono. Clara protestó, pero terminó sentándose a su lado. Durante media hora miraron perfiles. Algunos chicos aparecían en todas sus fotografías con gafas de sol. Otros escribían descripciones tan largas que parecían cartas de presentación. Uno solo tenía fotos de su perro. Clara dijo que el perro parecía interesante, pero Lucía explicó que no podían contar una cita con un animal. Finalmente encontraron a Álvaro, veinte años, estudiante de Derecho, aficionado al tenis y a los viajes. En sus fotografías

sonreía de una forma natural y su descripción decía que conocía el mejor café de Salamanca. Clara aceptó hablar con él principalmente porque aquello parecía una afirmación fácil de comprobar. Intercambiaron varios mensajes. Álvaro escribía bien, hacía preguntas y no parecía extraño. Antes de que Clara pudiera pensarlo demasiado, él propuso tomar un café el miércoles por la tarde.

Clara miró a sus amigas. Marta levantó las cejas. Lucía señaló la hoja naranja.

—Hazlo —dijo.

—Es dentro de dos días.

—Exactamente.

—No sé qué ponerme.

—Faltan cuarenta y ocho horas.

—Necesito tiempo.

—Para tomar café.

—Para una cita.

—Ese es precisamente el problema —dijo Lucía—. Lo estás convirtiendo otra vez en algo enorme.

Clara respiró y volvió al teléfono. Escribió que sí. Álvaro respondió con la dirección de una cafetería cerca de la Plaza Mayor y un mensaje: “Miércoles, 18:00. Prometo que el café es bueno”. Clara confirmó. Marta tomó el bolígrafo y escribió en la primera línea: “1. Álvaro. Miércoles. Café”. El resto permaneció vacío. Durante la cena, Clara intentó hablar de otras cosas. Comentaron horarios, profesores y planes para el fin de semana.

Sin embargo, sus ojos volvían continuamente a la hoja. Quince citas. Dos palabras que por la mañana no existían en su vida y que ahora parecían ocupar una parte importante de su otoño. Más tarde, cuando Lucía y Marta se fueron a sus habitaciones, Clara salió al balcón. La noche era templada. Abajo, varias mesas seguían ocupadas y una pareja caminaba despacio por la acera compartiendo un helado. Clara apoyó los brazos en la barandilla.

Pensó en Daniel y descubrió que llevaba varias horas sin mirar su perfil. Aquello le pareció una pequeña victoria. No quería convertir las quince citas en una competición con él. Si Daniel estaba enamorado, bien. Si solo estaba empezando algo, también. Su vida ya no era una referencia para medir la de Clara. El teléfono vibró. Por un segundo pensó que era Álvaro. Era un mensaje de Marta en el grupo del piso: una fotografía de la hoja naranja, ahora pegada a la nevera con un imán en forma de limón. Debajo había escrito: “Que empiece el desastre”. Clara se rio sola. Entró en la cocina y observó la lista. La primera línea ya tenía un nombre. Las otras catorce estaban vacías y, por alguna razón, no le daban miedo. Le parecían posibilidades.

Cogió un bolígrafo y añadió una frase debajo de las reglas: “No comparar a nadie con Daniel”. Dudó un momento y escribió otra: “No tomar decisiones antes del postre”. Después recordó a Leo diciendo que todo iba a terminar fatal. Sonrió con cierta irritación. No sabía por qué su opinión le importaba. Apenas lo conocía. Era simplemente el amigo rubio de Marta, un estudiante de Arquitectura demasiado seguro de tener razón. Clara cerró

el cuaderno naranja, aunque la hoja seguía en la nevera. El miércoles tendría su primera cita. Tal vez sería aburrida. Tal vez sería divertida. Tal vez duraría veinte minutos o tres horas. Por primera vez desde junio, no intentó imaginar el final antes de empezar.

Esa noche se acostó con la ventana abierta. Desde la calle llegaba el murmullo de las terrazas y el aire olía todavía un poco a verano. Septiembre acababa de comenzar. Quedaban semanas de sol, tardes doradas y hojas que todavía no habían cambiado de color. Clara no sabía quién iba a ocupar las catorce líneas vacías ni qué iba a pensar cuando llegara a la última. Solo sabía dos cosas. La primera era que el miércoles a las seis iba a tomar café con un desconocido llamado Álvaro. La segunda era que Leo Navarro no estaba en la lista. Y, en aquel momento, Clara estaba completamente segura de que así iba a seguir.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Relaciona

1. enterarse de
 2. superar una ruptura
 3. tener una cita
 4. hacer una apuesta
 5. atreverse a
 6. poner una condición
 7. estar soltero
 8. salir con alguien
 9. cambiar de tema
 10. tener razón
- a. встречаться с кем-либо
 - b. осмелиться на
 - c. быть правым
 - d. узнать о чём-либо
 - e. пережить расставание
 - f. пойти на свидание
 - g. заключить пари
 - h. быть свободным
 - i. сменить тему
 - j. поставить условие

Ejercicio 2. Completa las frases

Completa con: exnovio, lista, cita, apuesta, razón, soltera, curso, atreverse, enterarse, compañera de piso.

1. Clara empieza su segundo _____ en la universidad.
2. Lucía es amiga y _____ de Clara.
3. Daniel es el _____ de Clara.
4. Clara acaba de _____ de que Daniel sale con otra chica.
5. Sus amigas proponen una _____: quince citas durante el otoño.
6. Clara está _____ desde junio.
7. Marta escribe los nombres en una _____.
8. La primera _____ será con Álvaro.
9. El objetivo es _____ a conocer gente nueva.
10. Leo cree que tiene _____ y que el plan terminará mal.

Ejercicio 3. Elige la opción correcta

1. Clara y Daniel terminaron su relación en: a) abril b) junio c) septiembre
2. Clara comparte piso con: a) Lucía y Marta b) Marta y Elena c) Lucía y Ana
3. Leo estudia: a) Derecho b) Economía c) Arquitectura
4. El primer chico de la lista se llama: a) Álvaro b) Leo c) Sergio

5. La primera cita será en: a) un cine b) una cafetería c) un parque

6. Leo piensa que el experimento: a) es perfecto b) terminará fatal c) es aburrido

Respuestas. Vocabulario

Ejercicio 1: 1-d, 2-e, 3-f, 4-g, 5-b, 6-j, 7-h, 8-a, 9-i, 10-c.

Ejercicio 2: 1. curso; 2. compañera de piso; 3. exnovio; 4. enterarse; 5. apuesta; 6. soltera; 7. lista; 8. cita; 9. atreverse; 10. razón.

Ejercicio 3: 1-b, 2-a, 3-c, 4-a, 5-b, 6-b.

Gramática. Pretérito Perfecto y Pretérito Indefinido

В первой главе особенно полезно повторить два прошедших времени. Оба говорят о прошлом, но выбор зависит от того, как говорящий связывает событие с настоящим.

1. Pretérito Perfecto

Формула: haber в настоящем времени + participio: he hablado, has comido, ha vivido, hemos visto. Используем, когда период времени ещё не закончился или событие важно для настоящего момента. Частые маркеры: hoy, esta semana, este mes, este año, ya, todavía no, nunca.

Ejemplos: Hoy Clara ha visto una foto de Daniel. Esta semana ha vuelto a la universidad. Lucía ya ha hablado con Clara.

2. Pretérito Indefinido

Используем для законченного действия в завершённый период прошлого. Частые маркеры: ayer, anoche, el año pasado, en junio, hace dos días. У правильных глаголов: hablar → hablé, hablaste, habló; comer → comí, comiste, comió; vivir → viví, viviste, vivió.

Ejemplos: Clara y Daniel terminaron en junio. El verano pasado Clara trabajó en una cafetería. Ayer Marta volvió a Salamanca.

3. Сравнение

Сравните: Esta semana Clara ha pensado mucho en Daniel.

Здесь неделя ещё продолжается. En agosto Clara pensó mucho en Daniel. Август уже закончился. На уровне A2-B1 важно сначала смотреть не на само действие, а на временной период, в котором оно происходит.

Ejercicios de gramática

Ejercicio 1. Elige el tiempo correcto

1. Hoy Clara _____ una foto de Daniel. (ha visto / vio)
2. Clara y Daniel _____ en junio. (han terminado / terminaron)
3. Este lunes Clara _____ a la universidad. (ha vuelto / volvió el año pasado)
4. El verano pasado Clara _____ en una cafetería. (ha trabajado / trabajó)
5. Esta tarde sus amigas _____ una idea. (han propuesto / propusieron en 2024)
6. Ayer Marta _____ al piso. (ha vuelto / volvió)
7. Este mes Clara _____ una nueva etapa. (ha empezado / empezó en 2020)
8. En agosto Clara _____ dos invitaciones. (ha rechazado / rechazó)

Ejercicio 2. Completa con Pretérito Perfecto o Pretérito Indefinido

1. Hoy Lucía _____ (enseñar) una fotografía a Clara.
2. Clara y Daniel _____ (romper) en junio.

3. Este verano Clara _____ (leer) seis novelas.
4. El año pasado Clara _____ (llegar) a Salamanca.
5. Esta tarde Marta _____ (escribir) una lista.
6. Ayer Leo _____ (hablar) con Marta.
7. Esta semana Clara _____ (decidir) probar algo nuevo.
8. En julio Clara _____ (trabajar) algunas semanas en una cafetería.

Ejercicio 3. Corrige el error

1. Hoy Clara vio una foto y todavía piensa en ella.
2. En junio Clara ha terminado con Daniel.
3. El año pasado ha llegado a Salamanca.
4. Esta semana Clara escribió una lista y la semana todavía no ha terminado.
5. Ayer sus amigas han cenado juntas.
6. Este mes Clara empezó un nuevo curso y el mes todavía continúa.

Ejercicio 4. Traduce al español

1. Сегодня Клара узнала о новой девушке Даниэля.
2. Клара и Даниэль расстались в июне.
3. На этой неделе Клара вернулась в университет.
4. Прошлым летом она работала в кафе.
5. Сегодня её подруги придумали необычный план.

6. В августе Клара отказалась от двух приглашений.

7. В этом месяце она решила знакомиться с новыми людьми.

8. Вчера Лео пришёл за конспектами.

Respuestas. Gramática

Ejercicio 1: 1. ha visto; 2. terminaron; 3. ha vuelto; 4. trabajó; 5. han propuesto; 6. volvió; 7. ha empezado; 8. rechazó.

Ejercicio 2: 1. ha enseñado; 2. rompieron; 3. ha leído; 4. llegó; 5. ha escrito; 6. habló; 7. ha decidido; 8. trabajó.

Ejercicio 3: 1. Hoy Clara ha visto una foto y todavía piensa en ella. 2. En junio Clara terminó con Daniel. 3. El año pasado llegó a Salamanca. 4. Esta semana Clara ha escrito una lista y la semana todavía no ha terminado. 5. Ayer sus amigas cenaron juntas. 6. Este mes Clara ha empezado un nuevo curso y el mes todavía continúa.

Ejercicio 4: 1. Hoy Clara se ha enterado de la nueva novia de Daniel. 2. Clara y Daniel terminaron en junio. 3. Esta semana Clara ha vuelto a la universidad. 4. El verano pasado trabajó en una cafetería. 5. Hoy sus amigas han inventado un plan poco común. 6. En agosto Clara rechazó dos invitaciones. 7. Este mes ha decidido conocer a gente nueva. 8. Ayer Leo vino a recoger los apuntes.

Fin del capítulo 1

Capítulo 2. El chico perfecto

Vocabulario del capítulo

llegar puntual — приходить вовремя

la terraza — терраса кафе

causar buena impresión — произвести хорошее впечатление

hacer una pregunta — задать вопрос

hablar de uno mismo — говорить о себе

interrumpir — перебивать

presumir de — хвастаться

prestar atención — обращать внимание

tener algo en común — иметь что-то общее

sentirse incómodo / incómoda — чувствовать себя неловко

quedarse en silencio — замолчать

cambiar de opinión — изменить мнение

despedirse — прощаться

darse cuenta de — осознать, заметить

olvidarse de — забыть о

Capítulo 2. El chico perfecto

El miércoles llegó demasiado rápido. Clara había pasado el martes fingiendo que la cita con Álvaro no tenía ninguna importancia, pero el miércoles a las cuatro de la tarde estaba delante de su armario con tres camisetas sobre la cama y una expresión de absoluta desesperación. La ventana de su habitación estaba abierta. Entraba una brisa templada que movía ligeramente las cortinas y traía el ruido de la calle. Septiembre seguía pareciendo una continuación amable del verano: el cielo estaba limpio, las terrazas continuaban llenas y los árboles apenas empezaban a mostrar algunas hojas amarillas entre el verde. Clara se miró en el espejo. Llevaba el pelo negro suelto, con ondas suaves en las puntas. Había probado una blusa blanca, después una camiseta negra y finalmente una camisa color terracota que Lucía había dejado sobre su cama sin pedir permiso. La camisa le gustaba, pero admitirlo significaba reconocer que su amiga tenía razón, algo que Clara intentaba evitar siempre que era posible.

—La terracota —dijo Lucía desde la puerta.

—No te he preguntado.

—Pero necesitas ayuda.

—Necesito que salgas de mi habitación.

—También necesitas pendientes.

—Lucía.

—Los pequeños dorados. Ya me voy.

Lucía desapareció y volvió treinta segundos después con los pendientes. Clara terminó poniéndoselos. A las cinco y media, Marta llegó de clase y se unió a la operación. Las dos amigas trataban la primera cita como si estuvieran preparando a una atleta antes de una competición importante. Clara recordó que la idea del experimento era precisamente dejar de convertir cada encuentro en un acontecimiento enorme. A las cinco y cuarenta y cinco guardó el teléfono, las llaves y un pequeño monedero en el bolso. Álvaro había elegido una cafetería cerca de la Plaza Mayor. Clara conocía el lugar. Tenía mesas pequeñas en una calle peatonal, plantas junto a las ventanas y una terraza que por las tardes recibía la última luz del sol. Era un sitio bonito, pero no demasiado romántico. Perfecto para una primera cita que, según las reglas, solo tenía que ser una conversación con alguien nuevo.

—Recuerda —dijo Marta—, no tienes que gustarle.

—Lo sé.

—Y él tampoco tiene que gustarte.

—También lo sé.

—Y no investigues a su familia durante el camino.

—Eso pasó una sola vez.

—Ayer —dijo Lucía.

Clara salió del piso antes de que pudieran darle más consejos. Caminó hacia el centro intentando no mirar el teléfono cada treinta segundos. Las calles estaban llenas de estudiantes. En una esquina, un grupo compartía patatas fritas sobre el capó de

un coche. Cerca de una librería, una pareja discutía sobre qué película ver. Las fachadas doradas de Salamanca reflejaban la luz de la tarde y hacían que todo pareciera más bonito de lo normal. Clara decidió que, si la cita era horrible, al menos el paseo habría valido la pena. Llegó a las cinco y cincuenta y siete. Álvaro ya estaba allí. Eso fue lo primero que le gustó. Estaba de pie junto a una mesa de la terraza, con una camisa azul clara, pantalones oscuros y el pelo perfectamente colocado. En las fotografías parecía atractivo; en persona, incluso más. Cuando vio a Clara, sonrió y levantó una mano.

—Clara.

—Álvaro.

—Has llegado puntual.

—Tú también.

—Siempre llego antes.

—Yo normalmente llego exactamente a tiempo.

—Entonces hoy los dos hemos tenido éxito.

Se sentaron. Durante los primeros minutos todo fue sorprendentemente fácil. Álvaro preguntó si había encontrado bien el sitio y explicó que iba allí desde el curso anterior. Clara pidió café con hielo y él una limonada. Hablaron del comienzo de las clases, de profesores y de lo extraño que era volver a estudiar después del verano. Clara empezó a relajarse. Quizá Lucía y Marta habían tenido una idea menos absurda de lo que parecía. Álvaro estudiaba Derecho y quería trabajar en una empresa internacional. Hablaba con seguridad y tenía una forma clara

de explicar las cosas. Cuando Clara mencionó que estudiaba Historia, él dijo que siempre le había interesado, especialmente la historia política. Aquello parecía un punto en común. Clara estaba a punto de preguntarle qué periodo le gustaba más cuando Álvaro continuó hablando.

—Mi padre dice que Derecho me va muy bien porque siempre he sabido discutir.

—Eso puede ser útil.

—Muchísimo. En el colegio participé en debates. Gané tres competencias.

—Ah, qué bien.

—Una fue regional. La final fue bastante difícil porque el otro equipo era muy bueno, pero yo preparé casi toda nuestra estrategia.

Clara sonrió y bebió café. Álvaro empezó a contar la historia completa de aquella competición. Después habló de otra. Luego explicó que también había jugado al tenis durante ocho años. Clara hizo dos preguntas sobre el deporte y recibió una descripción detallada de sus entrenamientos, sus torneos y una lesión de muñeca que había tenido a los dieciséis años. Al principio no le molestó. Era normal hablar de uno mismo en una primera cita. Además, Álvaro contaba las cosas con energía y no parecía nervioso. El problema apareció después de veinte minutos, cuando Clara se dio cuenta de que él todavía no le había hecho una sola pregunta real. Había preguntado si había encontrado el café y qué quería beber. Nada más.

Decidió hacer una pequeña prueba. Cuando Álvaro terminó una historia sobre un torneo en Valladolid, Clara mencionó que ella también había practicado un deporte durante varios años.

—Yo hice natación casi seis años.

—Qué bien. Yo probé natación un verano, pero me aburría porque prefiero deportes competitivos. En tenis tienes a otra persona delante y eso cambia todo.

—Sí, claro.

—Además, siempre he sido muy competitivo. Mi entrenador decía que ese era mi mejor defecto.

Clara esperó. Álvaro no preguntó por qué había dejado la natación, si competía o si le gustaba. En menos de diez segundos la conversación había vuelto a él. Clara miró su vaso y escondió una sonrisa. No estaba enfadada todavía. La situación empezaba a parecerle un experimento dentro del experimento. Intentó otra vez. Comentó que había trabajado en una cafetería durante el verano. Álvaro respondió que él nunca había tenido un trabajo así porque había pasado julio viajando con sus padres por Italia. Entonces sacó el teléfono y empezó a enseñarle fotografías de Roma, Florencia y Venecia. Las imágenes eran bonitas. Clara vio edificios, platos de pasta, una playa y aproximadamente quince fotografías de Álvaro delante de diferentes monumentos.

—Esta es Florencia.

—Sí, la reconozco.

—La luz era increíble. Hice muchas fotos.

—Veo que sí.

—Tengo casi mil.

—Espero que no vayamos a verlas todas.

—No, tranquila. Solo las mejores.

Clara no supo si estaba bromeando. Durante los siguientes siete minutos vio veintitrés fotografías. A las seis y cuarenta, la camarera se acercó para preguntar si querían algo más. Clara pidió agua. Álvaro pidió otro café y, mientras la camarera se alejaba, empezó a explicar que había dejado de beber café por las tardes durante un mes porque afectaba a su sueño, pero que después descubrió una técnica de respiración que le ayudaba a dormir. Clara escuchó la explicación completa de la técnica. La cita no era horrible. Eso era casi lo peor. Álvaro era educado. No decía nada ofensivo. No miraba el teléfono mientras Clara hablaba porque Clara apenas hablaba. Sonreía, pagaba atención a sus propias historias y parecía sinceramente convencido de que estaban teniendo una conversación excelente.

Clara empezó a contar mentalmente las preguntas que él le hacía. A las siete llevaba cuatro: qué quería beber, si conocía el café, si tenía frío y si quería compartir una tarta. Ninguna tenía relación con su vida, sus gustos o sus ideas. Cuando llegó la tarta, Álvaro habló de comida. Su madre cocinaba muy bien. Su padre hacía una paella excelente. Él sabía preparar pasta, tortilla y una receta de pollo que había aprendido en Italia. Clara decidió intervenir antes de escuchar la historia completa del pollo.

—¿Qué buscas en una cita? —preguntó ella.

—¿Cómo?

—Qué esperas cuando conoces a alguien.

—Buena pregunta. Creo que una persona interesante, con sentido del humor, que tenga sus propios planes. Me aburren las personas que no tienen nada que contar.

—Entiendo.

Clara tuvo que morderse el interior de la mejilla para no reírse. Álvaro continuó explicando qué tipo de personalidad le atraía. Quería alguien independiente, espontáneo y curioso. También prefería personas a las que les gustara viajar. Clara se preguntó si, en algún momento, iba a comprobar si ella tenía alguna de esas características. Entonces ocurrió algo que convirtió la cita en una historia que sabía que Lucía y Marta disfrutarían durante semanas. Álvaro apoyó los brazos sobre la mesa y sonrió.

—Creo que tenemos bastante en común.

—¿Sí?

—Sí. La conversación ha sido muy fácil.

—Ha sido fácil para ti.

—¿Qué quieres decir?

Clara lo miró. Podía fingir que no pasaba nada y terminar la cita con educación. Sin embargo, una de las razones por las que había aceptado el experimento era aprender a comportarse de una forma diferente. No quería seguir sonriendo automáticamente cuando algo le molestaba.

—Que llevamos más de una hora aquí y casi no sabes nada de mí.

—Claro que sé cosas.

—¿Qué cosas?

Álvaro abrió la boca y se quedó en silencio. Clara esperó. Él miró la mesa como si las respuestas pudieran estar escritas junto al plato.

—Estudias Historia.

—Eso te lo dije en los primeros cinco minutos.

—Trabajaste este verano.

—Sí.

—Y... te gusta el café.

—Estoy bebiendo café.

—Exacto.

Clara empezó a reírse. Intentó detenerse porque no quería humillarlo, pero la expresión de Álvaro era tan sinceramente confundida que resultaba imposible. Después de unos segundos, él también sonrió.

—Vale. Creo que he hablado demasiado.

—Un poco.

—¿Mucho?

—Sé el nombre de tu entrenador de tenis de cuando tenías quince años.

—Roberto.

—Lo sé, Álvaro. Ese es el problema.

Por primera vez en toda la tarde, Álvaro pareció avergonzado. Se pasó una mano por el pelo y miró hacia la calle.

—Lo siento. Cuando estoy nervioso hablo mucho.

—¿Estabas nervioso?

—Muchísimo.

—No lo parecía.

—Ese es mi talento.

—Pensaba que tu talento era discutir.

—Ese es el segundo.

Aquello cambió un poco la impresión de Clara. De repente, el chico perfecto y seguro parecía simplemente un joven de veinte años intentando causar buena impresión y haciéndolo de la peor manera posible. No se convirtió mágicamente en el hombre de sus sueños, pero dejó de irritarla. Durante los siguientes veinte minutos, Álvaro hizo un esfuerzo evidente por preguntar. Quiso saber por qué Clara había elegido Historia, qué libro estaba leyendo y qué había hecho durante las vacaciones. A veces interrumpía sin querer y tenía que detenerse. Clara descubrió que él podía escuchar, aunque claramente necesitaba práctica. Cuando hablaron de libros, encontraron un punto en común real: los dos odiaban que alguien revelara el final de una historia. Álvaro contó que su hermana había arruinado para él el final de una serie y Clara respondió con una experiencia parecida. Por primera vez, la conversación fue de los dos. No había química romántica, pero al menos Clara dejó de sentir que estaba viendo un documental titulado La vida de Álvaro.

A las siete y media decidieron marcharse. Álvaro insistió en pagar su café. Clara pagó el suyo. Él no discutió, lo que le dio un punto a favor después de una tarde bastante irregular. Caminaron juntos hasta la esquina de la Plaza Mayor.

—Gracias por decirme lo de hablar demasiado —dijo Álvaro.

—Espero no haber sido desagradable.

—No. Mi hermana me lo dice siempre, pero pensaba que exageraba.

—Tu hermana parece una mujer inteligente.

—No voy a decírselo.

—Como quieras.

Álvaro sonrió. Hubo una pausa que normalmente habría sido incómoda, pero Clara ya sabía que no quería una segunda cita. No necesitaba inventar una excusa ni dejar una puerta abierta por educación.

—Me ha gustado conocerte —dijo él.

—A mí también.

—¿Repetimos algún día?

Clara respiró. Antes de junio habría dicho “sí, claro” y después habría buscado una manera de cancelar. Aquella tarde decidió probar otra cosa.

—Creo que no como cita.

—Ah.

—Pero me has caído bien. Y ahora sé demasiado sobre tu tenis como para desaparecer completamente.

—Es justo.

—Además, quiero saber si Roberto sigue siendo tu entrenador.

—No lo es desde hace cuatro años.

—Entonces ya tengo información inútil para toda la vida.

Álvaro se rio y se despidieron con un abrazo breve. Clara siguió caminando sola. El sol ya estaba bajo y la piedra de los edificios tenía un tono naranja intenso. Las mesas de las terrazas empezaban a llenarse para la cena. Ella se sentía extrañamente ligera. La cita no había sido un éxito romántico, pero tampoco había sido un fracaso. Había conocido a alguien, había pasado una hora y media fuera de su rutina y, lo más importante, había dicho lo que pensaba sin convertirlo en un drama. Tal vez el experimento sí tenía sentido. Sacó el teléfono para escribir al grupo del piso. Antes de hacerlo, vio a alguien conocido al otro lado de la calle. Leo estaba saliendo de una papelería con un tubo grande de cartón bajo el brazo. Llevaba una camiseta blanca y una chaqueta verde oliva, y el pelo rubio estaba más desordenado que el lunes.

Clara consideró seguir caminando. Después recordó su comentario sobre el desastre y decidió que no iba a darle la satisfacción de pensar que la primera cita había terminado mal.

—¡Leo!

Él levantó la cabeza, la reconoció y cruzó la calle.

—La chica de las quince citas.

—Tengo nombre.

—Clara, la chica de las quince citas.

—Mucho mejor.

—¿Ya ha sido la primera?

—Sí.

—¿Y?

Clara intentó responder con una frase sencilla. No pudo.

—Sé que empezó a jugar al tenis a los ocho años, que su entrenador se llamaba Roberto, que ganó tres competiciones de debate, que estuvo en Italia este verano, que su padre hace paella y que una vez se lesionó la muñeca en Valladolid.

—Parece una cita muy informativa.

—Muchísimo.

—¿Y él qué sabe de ti?

Clara se quedó quieta. Leo había hecho exactamente la pregunta correcta.

—Que estudio Historia.

—Bien.

—Que trabajé en verano.

—Dos cosas.

—Y que me gusta el café.

—Tres. Esto va mejor de lo que esperaba.

Clara lo miró con falsa indignación.

—Al final mejoró.

—¿Le has dado una segunda cita?

—No.

—Entonces no mejoró tanto.

—No todo tiene que acabar en otra cita.

—Eso es sorprendentemente sensato para alguien con una lista de quince.

—¿Vas a burlarte de esto todo el otoño?

—Probablemente.

Empezaron a caminar en la misma dirección. Leo tenía que volver a la facultad para dejar unos materiales y Clara iba hacia su piso. Durante unos minutos hablaron de cosas normales. Él explicó que el tubo contenía planos para una entrega. Clara preguntó por su proyecto y Leo respondió en menos de un minuto. Después le preguntó cómo había sido su primer día de clases. Clara notó el contraste inmediatamente. Era una pregunta pequeña, pero después de noventa minutos con Álvaro casi parecía un gesto extraordinario.

—Bien. Historia Contemporánea a primera hora.

—¿Te gusta?

—Sí, aunque el profesor habla como si tuviera miedo de quedarse sin tiempo.

—¿Muy rápido?

—Muchísimo. Hoy he escrito cuatro páginas y solo entendí tres.

—Eso parece eficiente.

—No para mis apuntes.

Leo se rio. Llegaron a una esquina donde debían separarse. Clara se dio cuenta de que la conversación había durado apenas seis minutos y, aun así, Leo sabía más sobre su día que Álvaro después de una hora.

—Entonces, ¿cómo se llama? —preguntó Leo.

—¿Quién?

—El chico perfecto.

—Álvaro.

—Bien. Pensaba que después de escuchar tantas historias sobre él habías olvidado su nombre.

—No soy tan terrible.

—Todavía quedan catorce oportunidades.

Clara levantó una mano para despedirse.

—Hasta luego, Leo.

—Hasta luego, Clara. Suerte con el número dos.

—No necesito suerte.

—Eso también lo veremos.

Cuando llegó al piso, encontró a Lucía y Marta sentadas en la cocina con una bolsa de palomitas en el centro de la mesa. La hoja naranja seguía pegada a la nevera. Habían añadido debajo del título una nueva sección: “Informe oficial”.

—No pienso rellenar eso —dijo Clara.

—Siéntate —ordenó Marta.

—¿Cuánto duró? —preguntó Lucía.

—Una hora y media.

—Eso es bueno.

—Depende de quién habla durante esa hora y media.

Clara contó la historia completa. Cuando llegó a las veintitrés fotografías de Italia, Lucía empezó a reírse. Cuando explicó la conversación sobre Roberto, Marta casi dejó caer las palomitas. Sin embargo, ambas se sorprendieron cuando Clara contó que había dicho directamente que no quería una segunda cita.

—Estoy orgullosa —dijo Marta.

—Gracias.

—Hace tres meses habrías aceptado otra cita por no ser borde.

—Probablemente.

—Entonces el experimento ya funciona —dijo Lucía.

—Ha pasado una cita.

—Exactamente. Eficiencia máxima.

Marta tomó el bolígrafo y escribió junto al número uno: “Álvaro. Guapo. Educado. Habla demasiado. Roberto, entrenador de tenis”. Clara protestó por la última parte, pero Lucía dijo que era información histórica y, por tanto, apropiada para una estudiante de Historia. Después Marta hizo la pregunta que Clara esperaba.

—¿Nota del uno al diez?

—No vamos a poner notas a personas.

—Nota de la cita, no de la persona.

—Seis.

—¿Seis? —preguntó Lucía—. Parecía un cuatro.

—Mejóro al final.

—Entonces seis.

—Y no quiero que escribáis “seis” en la nevera.

—Demasiado tarde.

Clara intentó quitarle el bolígrafo, pero Marta se apartó. La cocina se llenó de risas y, por primera vez desde que habían inventado el plan, Clara sintió verdadero entusiasmo por continuar. No porque esperara encontrar al chico perfecto en la siguiente cita. Precisamente lo contrario. Había descubierto que una cita podía salir regular y aun así convertirse en una

buenas tardes. Más tarde, mientras se lavaba los dientes, recibió un mensaje de Álvaro: “Gracias por hoy. Y gracias por ser sincera. La próxima vez intentaré hacer más preguntas”. Clara respondió con una cara sonriente y deseó que le fuera bien. Después guardó el teléfono. En la cama pensó brevemente en la conversación. Álvaro había parecido perfecto durante los primeros diez minutos: puntual, guapo, seguro, educado y con planes claros. Sin embargo, una persona no era una lista de cualidades. La forma en que hacía sentir a los demás importaba más que una camisa bonita o tres competiciones ganadas.

También pensó, sin querer, en Leo. Había hablado con él seis minutos y él le había hecho cuatro preguntas. Clara decidió que la comparación era injusta. Leo no estaba en una cita. No estaba nervioso. Además, era simplemente el amigo de Marta que disfrutaba burlándose de su experimento. Se giró hacia la pared y cerró los ojos. En la cocina quedaban catorce líneas vacías. La primera ya tenía una historia, una nota y el nombre de un entrenador de tenis que Clara probablemente recordaría durante años. La cita número uno había terminado. Y, contra todo pronóstico, Clara tenía ganas de descubrir qué podía salir mal en la número dos.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Relaciona

1. llegar puntual
 2. causar buena impresión
 3. interrumpir
 4. presumir de
 5. prestar atención
 6. tener algo en común
 7. sentirse incómodo
 8. despedirse
 9. darse cuenta de
 10. cambiar de opinión
- a. перебивать
 - b. иметь что-то общее
 - c. осознать
 - d. произвести хорошее впечатление
 - e. чувствовать себя неловко
 - f. хвастаться
 - g. изменить мнение
 - h. приходить вовремя
 - i. прощаться
 - j. обращать внимание

Ejercicio 2. Completa

Completa con: terraza, preguntas, interrumpir, atención, común, incómoda, despedirse, opinión, puntual, olvidarse.

1. Clara y Álvaro se sientan en una _____.
2. Los dos llegan _____ a la cita.
3. Álvaro habla mucho y hace pocas _____.
4. A veces empieza a _____ a Clara.
5. Al principio no presta suficiente _____ a lo que ella cuenta.
6. Descubren que tienen algo en _____: odian los spoilers.
7. Clara no quiere sentirse _____ y decide ser sincera.
8. Al final, los dos tienen que _____.
9. Clara cambia un poco de _____ sobre Álvaro.
10. Leo pregunta si Clara ha podido _____ del nombre del chico.

Ejercicio 3. Verdadero o falso

1. Álvaro llega tarde.
2. Clara y Álvaro toman algo en una terraza.
3. Álvaro pregunta mucho sobre la vida de Clara desde el principio.
4. Clara practicó natación durante varios años.
5. Álvaro enseña a Clara fotografías de Italia.

6. Clara acepta inmediatamente una segunda cita.
7. Clara encuentra a Leo después de la cita.
8. Lucía y Marta preparan un informe sobre la cita.

Respuestas. Vocabulario

Ejercicio 1: 1-h, 2-d, 3-a, 4-f, 5-j, 6-b, 7-e, 8-i, 9-c, 10-g.

Ejercicio 2: 1. terraza; 2. puntual; 3. preguntas; 4. interrumpir;
5. atención; 6. común; 7. incómoda; 8. despedirse; 9. opinión;
10. olvidarse.

Ejercicio 3: 1. Falso; 2. Verdadero; 3. Falso; 4. Verdadero; 5.
Verdadero; 6. Falso; 7. Verdadero; 8. Verdadero.

Gramática. Pronombres de objeto directo e indirecto

В этой главе повторяем местоимения прямого и косвенного дополнения. Они очень часты в живой речи и помогают не повторять одни и те же существительные.

1. Objeto directo: lo, la, los, las

Прямое дополнение отвечает на вопрос «кого? что?». Например: Clara ve a Álvaro → Clara lo ve. Álvaro enseña las fotos → Álvaro las enseña.

2. Objeto indirecto: me, te, le, nos, os, les

Косвенное дополнение часто отвечает на вопрос «кому?». Álvaro cuenta una historia a Clara → Álvaro le cuenta una historia. Clara dice la verdad a Álvaro → Clara le dice la verdad.

3. Два местоимения вместе

Если используются оба местоимения, косвенное ставится перед прямым: me lo, te la, se los. Формы le и les перед lo/la/los/las превращаются в se: Álvaro enseña las fotos a Clara → Álvaro se las enseña.

4. Положение местоимений

Перед спрягаемым глаголом: Clara lo escucha. С инфинитивом возможны два варианта: Clara lo quiere escuchar / Clara quiere escucharlo.

Ejercicios de gramática

Ejercicio 1. Sustituye el complemento

1. Clara escucha a Álvaro. → Clara _____ escucha.
2. Álvaro enseña las fotos. → Álvaro _____ enseña.
3. Clara toma el café. → Clara _____ toma.
4. Marta escribe la lista. → Marta _____ escribe.
5. Clara ve a Lucía y Marta. → Clara _____ ve.
6. Leo lleva los planos. → Leo _____ lleva.

Ejercicio 2. Completa con me, te, le, nos o les

1. Álvaro _____ cuenta a Clara una historia sobre tenis.
2. Lucía _____ da consejos a Clara.
3. Clara _____ dice a sus amigas que la cita ha terminado.
4. Marta y Lucía _____ preguntan a Clara por Álvaro.
5. Leo _____ pregunta a Clara cómo ha sido su día.
6. Clara _____ cuenta a Leo algunos detalles de la cita.

Ejercicio 3. Usa dos pronombres

1. Álvaro enseña las fotos a Clara. → Álvaro _____
enseña.

2. Marta explica las reglas a Clara. → Marta _____ explica.
3. Clara cuenta la historia a sus amigas. → Clara _____ cuenta.
4. Lucía da los pendientes a Clara. → Lucía _____ da.
5. Marta muestra la lista a Leo. → Marta _____ muestra.

Ejercicio 4. Traduce al español

1. Клара его слушает.
2. Альваро показывает ей фотографии.
3. Клара рассказывает им историю.
4. Марта даёт ей список.
5. Лео спрашивает её о свидании.
6. Альваро показывает их Кларе. (фотографии)
7. Клара не хочет ему лгать.
8. Подруги её понимают.

Respuestas. Gramática

Ejercicio 1: 1. lo; 2. las; 3. lo; 4. la; 5. las; 6. los.

Ejercicio 2: 1. le; 2. le; 3. les; 4. le; 5. le; 6. le.

Ejercicio 3: 1. se las; 2. se las; 3. se la; 4. se los; 5. se la.

Ejercicio 4: 1. Clara lo escucha. 2. Álvaro le enseña las fotos.

3. Clara les cuenta la historia. 4. Marta le da la lista. 5. Leo le pregunta por la cita. 6. Álvaro se las enseña. 7. Clara no quiere mentirle. 8. Sus amigas la entienden.

Fin del capítulo 2

Capítulo 3. Una cita bajo la lluvia

Vocabulario del capítulo

el pronóstico del tiempo — прогноз погоды

la nube — облако

llover — идти о дожде

el chaparrón — ливень

mojarse — промокнуть

el paraguas — зонт

romperse — сломаться

refugiarse — укрыться

el toldo — навес

resbalar — поскользнуться

estar empapado / empapada — промокнуть насквозь

reírse de — смеяться над

tener vergüenza — стесняться, испытывать неловкость

acompañar a alguien — проводить кого-либо

escampar — перестать о дожде

Capítulo 3. Una cita bajo la lluvia

El viernes por la mañana, Clara abrió la ventana de su habitación y decidió que el pronóstico del tiempo estaba equivocado. El cielo sobre Salamanca era de un azul limpio, el sol iluminaba las fachadas de piedra y en el patio interior una vecina colgaba ropa como si tuviera información meteorológica secreta. La aplicación del móvil anunciaba un sesenta por ciento de probabilidad de lluvia a partir de las seis de la tarde. Clara miró otra vez el cielo y cerró la aplicación. Su segunda cita empezaba a las cinco y media. Para entonces, pensó, quizá las nubes habrían decidido ir a otra ciudad. Habían pasado solo dos días desde la cita con Álvaro y la hoja naranja de la nevera ya tenía una segunda línea. El nombre era Marcos. Tenía diecinueve años, estudiaba Traducción e Interpretación y había conocido a Clara de una manera mucho menos moderna que Álvaro: en la cola de la cafetería de la facultad. El jueves por la mañana, Clara había pedido un bocadillo y Marcos, que estaba delante de ella, había descubierto al llegar a la caja que había olvidado la cartera. Clara le prestó dos euros. Él volvió diez minutos después para devolvérselos y acabaron hablando junto a una máquina de café que hacía un ruido preocupante.

Marcos tenía el pelo castaño, una sonrisa fácil y la costumbre de mover mucho las manos cuando hablaba. Le contó que estudiaba francés e italiano, que acababa de volver de visitar

a su abuela en Valencia y que todavía se perdía en algunos edificios de la universidad. A diferencia de Álvaro, también hizo preguntas. Cuando Clara mencionó que estudiaba Historia, quiso saber qué época prefería. Cuando ella dijo que le gustaba caminar por la ciudad, propuso enseñarle una pequeña plaza que había descubierto durante el curso anterior. Antes de despedirse, le pidió su número. Clara aceptó una cita para el viernes casi sin pensarlo. Aquello sorprendió a Lucía, que declaró que el experimento estaba convirtiendo a su amiga en una persona espontánea. Clara respondió que simplemente quería recuperar sus dos euros emocionalmente. Marta escribió “2. Marcos. Paseo” en la nevera y añadió un dibujo de una nube porque había visto el pronóstico. Clara borró la nube.

A las cuatro y media del viernes, la nube había vuelto. No al dibujo, sino al cielo. Clara salió de clase y vio una franja gris avanzando desde el oeste. Todavía hacía calor y la gente seguía sentada en las terrazas, pero el aire había cambiado. Olía a tierra seca y a lluvia que todavía no había empezado. Clara escribió a Marcos para preguntarle si mantenían el plan. Él respondió casi inmediatamente: “Claro. Si llueve, improvisamos”. Aquella respuesta le gustó. Después de la primera cita, Clara había decidido que no iba a buscar perfección. Solo quería pasar una tarde agradable y tener algo que contar en la cocina. Además, el paseo empezaba cerca de la universidad, así que no necesitaba cambiarse. Llevaba una camiseta color vino, una chaqueta vaquera clara y pantalones negros. Su pelo negro estaba

recogido en una trenza baja. Metió un paraguas pequeño en el bolso por pura prudencia y salió.

Marcos la esperaba junto a una librería. Llevaba una sudadera gris fina y zapatillas blancas que todavía estaban peligrosamente limpias. Cuando Clara llegó, él miró el cielo y después el pequeño bolso de ella.

—Dime que llevas un paraguas.

—Llevo un paraguas.

—Perfecto. Yo he olvidado el mío.

—¿También olvidas los paraguas o solo las carteras?

—Estoy construyendo una personalidad coherente.

Clara se rio. Empezaron a caminar por calles estrechas, alejándose de las zonas más llenas de estudiantes. Marcos conocía pequeños rincones que Clara no había visto durante su primer año: un patio silencioso detrás de una iglesia, una tienda diminuta de mapas antiguos y una calle desde la que se veía una parte de la catedral entre dos edificios. La conversación era fácil. Hablaron de viajes, de idiomas y de profesores que parecían disfrutar poniendo exámenes a primera hora. A las seis menos cuarto cayó la primera gota. Clara la sintió en la mano y levantó la cabeza. El cielo azul de la mañana había desaparecido por completo. Sobre los tejados se acumulaban nubes oscuras, y el viento movía las hojas de los árboles con una fuerza nueva.

—Todavía podemos fingir que no pasa nada —dijo Marcos.

—Esa estrategia funciona muy bien con la lluvia.

—Y con los exámenes.

—No creo que funcione con los exámenes.

—Por eso estoy en segundo y todavía no soy experto.

Siguieron caminando. Durante tres minutos no pasó nada. Después empezó a llover de verdad. No era una lluvia fina y romántica como la de las películas. Era un chaparrón rápido, fuerte y ruidoso que transformó la calle en pocos segundos. La gente corrió hacia los portales. Los camareros empezaron a recoger cojines de las terrazas. Clara abrió el bolso y sacó su paraguas. Era pequeño, pero en teoría cabían dos personas. Marcos se colocó a su lado y los dos intentaron caminar bajo él. En la práctica, Clara tenía medio hombro fuera y Marcos recibía toda el agua que caía por un lado. Cada vez que uno intentaba acercarse al centro, el otro chocaba con él.

—Esto no funciona.

—Funciona perfectamente si uno de los dos no necesita estar seco.

—¿Quién?

—Todavía estamos negociando.

El viento respondió antes que ellos. Una ráfaga levantó el paraguas, lo giró hacia atrás y dejó las varillas metálicas apuntando al cielo. Clara se quedó mirando el objeto destruido con incredulidad. Marcos soltó una carcajada.

—No te rías.

—Lo siento.

—No lo sientes.

—No, la verdad es que no.

Clara intentó arreglarlo mientras la lluvia le caía sobre la cabeza. Una varilla se había doblado y otra parecía haber decidido separarse completamente del resto. Después de veinte segundos, aceptó la derrota.

—Mi paraguas ha muerto.

—Ha luchado con honor.

—Ha durado cuatro minutos.

—Una vida breve, pero intensa.

Corrieron hacia un toldo rojo delante de una tienda cerrada. El espacio era tan estrecho que tuvieron que quedarse casi pegados a la pared. Marcos tenía el pelo mojado sobre la frente. La camiseta de Clara estaba seca en el centro, pero las mangas y la espalda empezaban a oscurecerse por el agua. Sus zapatillas hacían un sonido extraño cada vez que movía los pies. Durante unos segundos solo escucharon la lluvia. Golpeaba el toldo con tanta fuerza que tenían que hablar más alto. La calle, llena de gente cinco minutos antes, estaba casi vacía. El agua corría junto a la acera y las fachadas doradas se habían vuelto oscuras y brillantes.

—Bueno —dijo Marcos—. Esta era la plaza que quería enseñarte.

—No veo ninguna plaza.

—Está detrás de esa cortina de agua.

—Preciosa.

—Sabía que te gustaría.

Clara empezó a reírse. No podía evitarlo. Había imaginado

su segunda cita como un paseo tranquilo por la ciudad y ahora estaba atrapada bajo un toldo con un paraguas roto en la mano. Marcos se rio también. Durante varios minutos hicieron comentarios sobre las personas que corrían por la calle. Un hombre intentó protegerse con un periódico que dejó de ser útil casi inmediatamente. Una mujer llevaba una bolsa de plástico sobre el pelo. Dos niños saltaron voluntariamente en un charco mientras su padre trataba de detenerlos. Clara se dio cuenta de que no estaba incómoda. Con Álvaro había pasado gran parte de la cita pensando qué debía decir o cuándo podría hablar. Con Marcos no necesitaba preparar nada. Él escuchaba, hacía preguntas y también sabía quedarse en silencio sin convertirlo en un problema. Cuando la lluvia bajó un poco, propuso buscar una cafetería.

—Hay una a dos calles.

—¿Dos calles bajo esto?

—Podemos correr.

—Mis zapatillas ya están mojadas.

—Las mías eran blancas esta mañana.

—Eso fue optimista por tu parte.

Salieron del refugio. Los primeros metros fueron fáciles, pero al girar la esquina encontraron un charco enorme que ocupaba casi toda la acera. Marcos intentó saltarlo. Llegó al otro lado, pero resbaló al aterrizar y tuvo que agarrarse a una señal para no caer. Clara se detuvo en medio de la lluvia y se echó a reír.

—No ha pasado nada —dijo él, recuperando el equilibrio.

—Casi abrazas una señal.

—Nos conocemos desde hace tiempo.

—Claro.

—Ahora te toca saltar.

—Ni hablar.

Clara buscó una parte más estrecha del charco. No la encontró. Finalmente saltó. Su pie derecho cayó exactamente en el agua. Una ola fría entró en su zapatilla.

—No digas nada.

—No he dicho nada.

—Tu cara está hablando.

—Mi cara dice que ha sido un salto excelente.

Llegaron a la cafetería empapados. La camarera los miró, después miró el suelo mojado detrás de ellos y les señaló una mesa cerca de la puerta. Clara pidió chocolate caliente aunque todavía no hacía frío. Marcos pidió té. Los dos dejaron las chaquetas sobre dos sillas para que se secaran. La cafetería estaba casi llena de personas que habían tenido la misma idea. Las ventanas estaban cubiertas de pequeñas gotas y el ruido de las conversaciones se mezclaba con la lluvia. Clara se soltó la trenza porque estaba completamente mojada. Su pelo negro cayó sobre los hombros y dejó pequeñas marcas de agua en la camiseta.

—Ahora pareces una persona que ha sobrevivido a algo importante —dijo Marcos.

—He perdido un paraguas.

—Exactamente.

—Nunca lo olvidaré.

Hablaron durante casi una hora. Marcos contó historias sobre su familia y Clara le habló de Lucía, Marta y la lista naranja, aunque no explicó todos los detalles. Cuando admitió que aquella era oficialmente la cita número dos de quince, Marcos dejó la taza sobre la mesa y abrió mucho los ojos.

—¿Quince?

—No pongas esa cara.

—Estoy intentando calcular.

—No hay nada que calcular.

—¿En cuánto tiempo?

—Durante el otoño. Bueno, durante estas semanas.

—Eso es casi un trabajo a tiempo parcial.

—Todo el mundo dice lo mismo.

—¿Quién más lo sabe?

—Mis amigas. Y un amigo de Marta.

—¿Ese amigo también está en la lista?

—No.

La respuesta salió demasiado rápido. Marcos levantó una ceja, pero no dijo nada. Clara cambió de tema y le preguntó por el italiano. Él no insistió. A las siete y media la lluvia empezó a perder fuerza. Las gotas ya no golpeaban las ventanas con violencia y algunas personas salían de la cafetería. Marcos miró la hora. Tenía que cenar con su hermano, que estaba de visita en Salamanca. Clara también quería volver al piso antes de que Lucía organizara una operación de rescate. Pagaron y salieron.

El aire olía a piedra mojada y a hojas. La ciudad parecía distinta después del chaparrón. Las luces se reflejaban en el suelo, las terrazas estaban vacías y el cielo empezaba a aclararse por el oeste. Caminaban despacio para evitar los charcos.

—Ha sido una buena cita —dijo Marcos.

—A pesar del desastre meteorológico.

—Gracias al desastre meteorológico.

—Mi paraguas no estaría de acuerdo.

—Tu paraguas ha dado su vida por la historia.

Clara sonrió. Le gustaba Marcos. Era divertido, atento y fácil de tratar. Sin embargo, no había sentido esa curiosidad especial que la hacía querer prolongar la tarde. No sabía si era falta de química o simplemente porque se conocían poco. Esta vez no sintió necesidad de decidirlo inmediatamente.

—Podemos volver a tomar algo algún día —dijo Marcos—. Sin número, sin lista y, si es posible, sin lluvia.

—Eso último no puedo prometerlo.

—Entonces al menos trae un paraguas mejor.

—Me parece justo.

Se despidieron con un abrazo y Marcos tomó otra calle. Clara continuó hacia su casa. La lluvia casi había parado, pero de vez en cuando caían gotas grandes desde los balcones. Tenía frío en los brazos y sentía el calcetín derecho completamente mojado. Aun así, estaba de buen humor. A dos calles del piso, volvió a empezar a llover. Clara levantó la cara hacia el cielo.

—No puede ser.

Abrió el paraguas roto por puro instinto. El resultado fue todavía peor que antes. Una parte de la tela cayó sobre su cabeza y una varilla casi le golpeó la mejilla. Clara lo cerró con dignidad y siguió caminando. Entonces escuchó su nombre.

—¡Clara!

Se giró. Leo estaba al otro lado de la calle, bajo un paraguas negro enorme. Llevaba una sudadera azul marino, pantalones claros y una mochila. Su pelo rubio estaba seco. Por supuesto que estaba seco. Clara sintió una irritación completamente irracional. Leo cruzó cuando no venían coches. Miró primero a Clara, después al objeto deformado que llevaba en la mano.

—¿Eso era un paraguas?

—Sigue siendo un paraguas.

—No estoy seguro.

—Ha tenido un día difícil.

—Tú también, por lo que veo.

—Estoy perfectamente.

En ese momento una gota cayó desde su pelo directamente sobre la nariz. Leo intentó no reírse.

—Ni una palabra.

—No he dicho nada.

—Ya he tenido suficiente con Marcos.

—¿Marcos es el número dos?

—Sí.

—¿Y ha sobrevivido?

—Mejor que mi paraguas.

Leo levantó un poco el suyo.

—¿Quieres compartirlo?

—Ahora ya no sirve de nada.

—Eso no tiene sentido.

—Estoy empapada.

—Precisamente por eso.

Clara miró los doscientos metros que todavía faltaban hasta su edificio. Después miró el paraguas. Era tan grande que podían caminar sin tocarse. Aceptó. Leo se colocó a su izquierda y ajustó el paraguas para cubrirla. Caminaron despacio. Clara esperaba alguna broma sobre la cita, pero él no preguntó inmediatamente. En lugar de eso, señaló sus zapatillas.

—Creo que estás haciendo ruido al caminar.

—Tengo un lago dentro del zapato derecho.

—¿Solo en el derecho?

—El izquierdo ha tenido más suerte.

—Una victoria importante.

Clara soltó una risa. Era extraño. Llevaba casi tres horas fuera, había hablado con Marcos durante mucho tiempo y, sin embargo, aquellos pocos minutos con Leo parecían tener una energía diferente. No necesariamente romántica, se dijo. Simplemente era fácil discutir con él.

—Entonces —dijo Leo—, ¿el número dos ha sido mejor que el número uno?

—Mucho mejor.

—¿Segunda cita?

—Quizá.

—Eso suena poco decidido.

—No tengo que decidir todo hoy.

—Mira qué rápido aprendes.

—No necesito tu aprobación.

—Menos mal. Es muy difícil conseguirla.

Llegaron al portal. Clara se apartó del paraguas y de inmediato recibió varias gotas en la cabeza.

—Gracias —dijo.

—De nada.

—Y no digas que lo sabías.

—¿Qué sabía?

—Que iba a llover.

—Yo sí miré el pronóstico.

—Te odio un poco.

—Eso parece fuerte para alguien que acaba de usar mi paraguas.

Clara abrió la puerta del edificio. Antes de entrar, Leo señaló el paraguas roto.

—¿Vas a guardarlo?

—Es una víctima del experimento.

—Entonces merece un lugar en la nevera.

—No les des ideas a mis amigas.

Leo sonrió y siguió caminando bajo la lluvia. Clara lo observó durante un segundo. El paraguas negro se alejaba por la calle brillante, demasiado grande para una sola persona. Después

subió las escaleras. Lucía abrió la puerta antes de que Clara sacara las llaves.

—¡Estás viva!

—Apenas.

—¿Dónde está el paraguas?

Clara levantó los restos.

—Dios mío.

—No quiero hablar de ello.

Marta apareció desde la cocina con el cuaderno naranja.

—¿Cita número dos?

—Ocho.

—¿Ocho sobre diez?

—La cita. La lluvia recibe un dos.

—¿Y el chico?

—No ponemos notas a personas.

—Ya, ya. ¿Lo volverías a ver?

—Sí. Creo que sí.

Las dos amigas intercambiaron una mirada satisfecha. Clara se quitó las zapatillas en la entrada y fue directamente a buscar calcetines secos. Mientras se cambiaba, les contó la historia del toldo, el charco, el salto de Marcos y la muerte del paraguas. Omitió durante varios minutos el final.

—¿Y cómo has llegado desde allí sin paraguas? —preguntó Lucía.

—Caminando.

—Clara.

—Me encontré con Leo.

Marta sonrió de una forma insoportable.

—Ah.

—No hagas “ah”.

—Solo he dicho “ah”.

—Lo has dicho con intención.

—¿Compartisteis paraguas? —preguntó Lucía.

—Sí, porque estaba lloviendo. Es una función normal de los paraguas.

—Claro.

—No ha pasado nada.

—Nadie ha dicho que haya pasado algo —respondió Marta.

Clara las miró a las dos. Odiaba cuando utilizaban la lógica contra ella. Después de ducharse, se sentó en la cocina con una taza de té. Marta actualizó la hoja: “2. Marcos. Paseo, tormenta, paraguas muerto. Posible repetición”. Debajo dibujó un paraguas torcido. Clara decidió no discutir. Aquella noche, antes de dormir, recibió un mensaje de Marcos con una fotografía de sus zapatillas, ahora marrones en lugar de blancas. “Consecuencias de la cita número dos”, había escrito. Clara respondió con una fotografía de su paraguas roto sobre el suelo. Marcos mandó tres caras riéndose. Clara dejó el móvil en la mesita y pensó que había disfrutado de la tarde. Marcos era una persona a la que quería volver a ver, aunque todavía no sabía en qué sentido. Y eso estaba bien. El experimento no necesitaba producir respuestas inmediatas.

Lo que no entendía era por qué, al recordar la lluvia, una de las imágenes más claras no era Marcos saltando el charco ni los dos riéndose bajo el toldo. Era un paraguas negro enorme apareciendo al final de la calle y un chico rubio preguntando, con absoluta tranquilidad, si quería compartirlo. Clara cerró los ojos y decidió que aquello tampoco significaba nada. Después de todo, Leo Navarro seguía sin estar en la lista.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Relaciona

1. el chaparrón
 2. mojarse
 3. el paraguas
 4. refugiarse
 5. el toldo
 6. resbalar
 7. estar empapado
 8. tener vergüenza
 9. acompañar
 10. escampar
- a. промокнуть
 - b. навес
 - c. проводить кого-либо
 - d. ливень
 - e. перестать о дожде
 - f. укрыться
 - g. зонт
 - h. промокнуть насквозь
 - i. стесняться
 - j. поскользнуться

Ejercicio 2. Completa las frases

Completa con: pronóstico, paraguas, chaparrón, refugiarse, toldo, resbala, empapados, escampa, acompaña, mojarse.

1. Clara mira el _____ del tiempo por la mañana.
2. Lleva un pequeño _____ en el bolso.
3. Un fuerte _____ empieza durante el paseo.
4. Clara y Marcos tienen que _____ delante de una tienda.
5. Esperan debajo de un _____ rojo.
6. Marcos casi _____ al saltar un charco.
7. Llegan _____ a la cafetería.
8. Cuando la lluvia _____, salen otra vez.
9. Leo _____ a Clara hasta su portal.
10. Clara intenta no _____ más, pero vuelve a llover.

Ejercicio 3. Verdadero o falso

1. Clara cree por la mañana que no va a llover.
2. Marcos recuerda llevar su paraguas.
3. El paraguas de Clara se rompe por el viento.
4. Marcos cae completamente al suelo.
5. Clara y Marcos entran en una cafetería.
6. Clara decide que nunca quiere volver a ver a Marcos.
7. Leo aparece con un paraguas grande.
8. Clara cuenta a sus amigas que compartió paraguas con Leo.

Respuestas. Vocabulario

Ejercicio 1: 1-d, 2-a, 3-g, 4-f, 5-b, 6-j, 7-h, 8-i, 9-c, 10-e.

Ejercicio 2: 1. pronóstico; 2. paraguas; 3. chaparrón; 4. refugiarse; 5. toldo; 6. resbala; 7. empapados; 8. escampa; 9. acompaña; 10. mojarse.

Ejercicio 3: 1. Verdadero; 2. Falso; 3. Verdadero; 4. Falso; 5. Verdadero; 6. Falso; 7. Verdadero; 8. Verdadero.

Gramática. Estar + gerundio y acciones en progreso

В этой главе повторяем конструкцию *estar + gerundio*. Она нужна, когда действие происходит прямо сейчас или находилось в процессе в определённый момент.

1. Образование gerundio

Глаголы на *-ar* получают окончание *-ando*: *hablar* → *hablando*, *caminar* → *caminando*. Глаголы на *-er* и *-ir* получают *-iendo*: *comer* → *comiendo*, *vivir* → *viviendo*. Некоторые формы неправильные: *leer* → *leyendo*, *dormir* → *durmiendo*, *pedir* → *pidiendo*.

2. Presente: estar + gerundio

Используем для действия, которое происходит сейчас: *Está lloviendo*. *Clara está caminando con Marcos*. *Los camareros están recogiendo las mesas*.

3. Imperfecto: estar + gerundio

Для действия, которое было в процессе в определённый момент прошлого, используем *estaba / estabas / estaba / estábamos / estabais / estaban + gerundio*: *Clara estaba caminando cuando empezó a llover*. *Marcos estaba hablando cuando llegó la camarera*.

4. Два действия в прошлом

Очень полезная модель уровня A2-B1: действие в процессе выражаем Imperfecto или *estaba + gerundio*, а корот-

кое событие, которое его прерывает, часто ставим в Pretérito Indefinido. Ejemplo: Estaban caminando cuando se rompió el paraguas.

Ejercicios de gramática

Ejercicio 1. Forma el gerundio

1. hablar → _____
2. caminar → _____
3. comer → _____
4. vivir → _____
5. leer → _____
6. dormir → _____
7. pedir → _____
8. llover → _____

Ejercicio 2. Completa con estar + gerundio

1. Ahora _____ (llover).
2. Clara y Marcos _____ (caminar) por Salamanca.
3. Los camareros _____ (recoger) las mesas.
4. Clara _____ (intentar) arreglar el paraguas.
5. Marcos _____ (reírse) de la situación.
6. Leo _____ (volver) a casa con un paraguas grande.

Ejercicio 3. Elige entre acción en progreso y acción puntual

1. Clara _____ (caminar) con Marcos cuando _____ (empezar) a llover.
2. Ellos _____ (buscar) una cafetería cuando Marcos _____ (resbalar).
3. Clara _____ (beber) chocolate cuando la lluvia _____ (perder) fuerza.
4. Leo _____ (volver) a casa cuando _____ (ver) a Clara.
5. Lucía y Marta _____ (esperar) en el piso cuando Clara _____ (llegar).

Ejercicio 4. Traduce al español

1. Сейчас идёт дождь.
2. Клара и Маркос гуляют по городу.
3. Они гуляли, когда начался ливень.
4. Клара пыталась починить зонт, когда Маркос засмеялся.
5. Лео шёл домой, когда увидел Клару.
6. Подруги ждали Клару дома.
7. Официанты убирали столики, когда дождь усилился.
8. Маркос пил чай, а Клара пила горячий шоколад.

Respuestas. Gramática

Ejercicio 1: 1. hablando; 2. caminando; 3. comiendo; 4. viviendo; 5. leyendo; 6. durmiendo; 7. pidiendo; 8. lloviendo.

Ejercicio 2: 1. está lloviendo; 2. están caminando; 3. están recogiendo; 4. está intentando; 5. se está riendo / está riéndose; 6. está volviendo.

Ejercicio 3: 1. estaban caminando, empezó; 2. estaban buscando, resbaló; 3. estaba bebiendo, perdió; 4. estaba volviendo, vio; 5. estaban esperando, llegó.

Ejercicio 4: 1. Ahora está lloviendo. 2. Clara y Marcos están caminando por la ciudad. 3. Estaban caminando cuando empezó el chaparrón. 4. Clara estaba intentando arreglar el paraguas cuando Marcos se rio. 5. Leo estaba volviendo a casa cuando vio a Clara. 6. Sus amigas estaban esperando a Clara en casa. 7. Los camareros estaban recogiendo las mesas cuando la lluvia se hizo más fuerte. 8. Marcos estaba bebiendo té y Clara estaba bebiendo chocolate caliente.

Fin del capítulo 3

Capítulo 4. Mi madre ya lo sabe

Vocabulario del capítulo

una cita a ciegas — свидание вслепую

presentar a alguien — познакомить кого-либо

conocer de vista — знать в лицо

tener confianza — чувствовать себя свободно, доверять

hacer una buena pareja — быть хорошей парой

la coincidencia — совпадение

sospechar — подозревать

meterse en la vida de alguien — вмешиваться в чью-либо

жизнь

ponerse nervioso / nerviosa — нервничать

disimular — скрывать, делать вид

mandar un mensaje — отправить сообщение

dar vergüenza — смущать

llevarse bien — хорошо ладить

hacer de casamentero / casamentera — сводить людей

guardar un secreto — хранить секрет

Capítulo 4. Mi madre ya lo sabe

El lunes siguiente, Clara descubrió que había algo peor que una cita que salía mal: una cita organizada por una amiga que se negaba a explicar de dónde había sacado al candidato. Lucía llevaba desde el desayuno sonriendo de una manera sospechosa. Cada vez que Clara preguntaba por qué, ella respondía que no pasaba nada y cambiaba de tema con una rapidez que solo aumentaba las sospechas. La hoja naranja de la nevera ya tenía dos historias. Junto al nombre de Álvaro aparecía la frase “habla mucho, pero sabe pedir perdón”. Junto a Marcos, Marta había dibujado un paraguas roto y escrito “posible repetición”. Clara había intentado borrar el dibujo, pero Marta lo había repasado con un rotulador permanente. Aquella mañana, debajo del número tres, había una nueva inscripción: “3. Cita a ciegas. Martes, 18:30”. No había nombre.

—No pienso ir si no me dices quién es.

—Entonces deja de mirar la nevera —respondió Lucía.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Es una cita a ciegas. La idea es no saberlo.

—Sé cómo funciona una cita a ciegas. Lo que no sé es por qué confío en ti.

—Porque llevamos años siendo amigas.

—Precisamente por eso sé de lo que eres capaz.

Marta, que desayunaba cereales frente a ellas, observaba

la discusión con evidente satisfacción. La propuesta había aparecido la noche anterior. Lucía conocía a un chico de veinte años llamado Pablo a través de una compañera de clase. Según ella, era divertido, educado, estudiaba Fisioterapia y acababa de terminar una relación hacía varios meses. Clara preguntó por qué no podía ver una fotografía. Lucía respondió que entonces dejaría de ser una cita a ciegas de verdad. Clara aceptó principalmente porque había aprendido algo después de dos citas: sus primeras impresiones no eran especialmente fiables. Álvaro había parecido perfecto durante diez minutos y después había hablado casi una hora sobre sí mismo. Marcos había empezado como el chico que olvidaba la cartera y había terminado siendo una de las personas más agradables que había conocido aquel mes. Quizá no ver una fotografía antes de una cita no era una tragedia.

El martes amaneció claro y cálido. Después del chaparrón del viernes, Salamanca había recuperado el sol. Algunas hojas amarillas se acumulaban junto a los bordillos, pero las terrazas seguían llenas y los estudiantes todavía caminaban en camiseta durante las horas centrales del día. Clara tuvo dos clases por la mañana y pasó la tarde en la biblioteca. A las cinco recibió el primer mensaje de su madre. Mamá: ¿Qué tal las clases? Clara: Bien. Mucho trabajo ya. Mamá: ¿Y esta tarde qué haces? Clara miró la pantalla. La pregunta era completamente normal. Su madre preguntaba a menudo por sus planes. Sin embargo, aquel día algo le pareció extraño. Tal vez era la cita a ciegas. Tal

vez estaba empezando a sospechar de todo el mundo. Clara: He quedado con unas amigas.

Era técnicamente una mentira. Clara sintió una pequeña culpa y guardó el teléfono. Tres minutos después llegó otro mensaje. Mamá: Qué bien. Diviértete. Clara frunció el ceño. Su madre había añadido un corazón. No era una prueba de nada. Su madre utilizaba corazones para cumpleaños, recetas, fotografías de gatos y noticias sobre descuentos en el supermercado. Aun así, Clara sintió una alarma absurda. A las seis volvió al piso para cambiarse. Lucía ya había preparado una camisa azul oscuro sobre su cama. Clara decidió ponerse una blusa color crema solo para demostrar independencia. Dejó el pelo negro suelto y eligió unos pantalones marrones. Cuando salió de la habitación, Lucía la examinó como una directora de casting.

—Muy bien.

—No necesito tu aprobación.

—Eso mismo le dijiste a Leo.

—¿Por qué mencionas a Leo?

—No sé. Me he acordado.

—Pues olvídate.

Clara cogió el bolso. Desde la noche del viernes había pensado más veces de las necesarias en el paraguas negro de Leo. No porque hubiera ocurrido nada. Precisamente porque no había ocurrido nada. Él simplemente la había acompañado dos calles. El problema era que Lucía y Marta parecían capaces de convertir dos calles bajo un paraguas en una novela de cuatrocientas

páginas.

—¿Dónde es la cita? —preguntó Clara.

—En La Taza Verde.

—¿Cómo lo reconoceré?

—Él te reconocerá.

—Eso no me tranquiliza.

—Llevas una blusa crema y tienes el pelo negro. Ya le he dicho cómo vas.

—¿Le has dado una descripción completa?

—Solo la necesaria.

La cafetería estaba a diez minutos. Clara llegó a las seis y veintisiete y eligió esperar fuera. Había decidido que no quería entrar y examinar a cada hombre solo de la terraza pensando si era Pablo. Dos minutos después se acercó un chico alto con gafas, pelo oscuro y una chaqueta verde.

—¿Clara?

—Sí.

—Soy Pablo.

Sonrió. Clara sintió alivio inmediato. No porque fuera especialmente guapo, aunque era atractivo, sino porque parecía tan nervioso como ella. Se dieron dos besos y entraron. Pablo propuso sentarse en la terraza porque todavía hacía buena tarde. Los primeros minutos fueron normales. Pablo estudiaba Fisioterapia, era de un pueblo cerca de Valladolid y compartía piso con tres chicos que, según él, no sabían que una cocina necesitaba limpiarse. Clara contó que vivía con Lucía y Marta y

que ellas habían organizado la cita. Pablo admitió que su amiga Irene había hecho lo mismo con él.

—Entonces ninguno de los dos ha tenido control sobre esto —dijo Clara.

—Exacto. Somos víctimas.

—Me siento mejor.

—Yo también.

Pablo tenía un humor tranquilo. No intentaba impresionar y tampoco convertía cada silencio en una emergencia. Hablaron de la universidad, de las peores comidas que habían preparado viviendo solos y de la cantidad absurda de grupos de mensajería que tenían para cada asignatura. Clara empezó a relajarse. A los veinte minutos, Pablo mencionó que su madre trabajaba en una farmacia. Clara no prestó atención hasta que dijo el nombre del barrio. Era el barrio donde vivían sus padres.

—Espera. ¿Cómo se llama tu madre?

—Elena Ruiz. ¿Por qué?

Clara dejó lentamente la taza sobre el plato. Conocía ese nombre. No muy bien, pero lo había escuchado muchas veces. Su madre compraba productos en aquella farmacia desde hacía años y hablaba con una farmacéutica llamada Elena.

—¿Tu madre trabaja en la farmacia que está al lado de la panadería San Juan?

—Sí.

—Mi madre va allí.

—Bueno, es una farmacia. Va mucha gente.

—Se llama Teresa Martín.

Pablo se quedó quieto. Su expresión cambió de curiosidad a reconocimiento.

—No puede ser.

—¿Qué?

—Mi madre conoce a tu madre.

—¿Cómo de “conoce”?

—Bastante.

Clara sintió que el universo acababa de gastar una broma demasiado elaborada. Pablo sacó el teléfono.

—Espera. Creo que tengo algo.

—¿Qué cosa?

—No te enfades.

—Todo el mundo dice eso justo antes de enseñarme algo horrible.

Pablo abrió una conversación con su madre. No necesitó desplazarse mucho. Había un mensaje de aquella misma mañana.

Elena: Esta tarde vas a conocer a Clara, ¿verdad? Pablo: Sí.

Elena: Su madre dice que es muy simpática. Clara cerró los ojos.

—Mi madre ya lo sabe.

—Parece que sí.

—Voy a cambiar de apellido.

—Creo que ya es tarde.

Pablo empezó a reírse. Clara también, aunque una parte de ella quería llamar inmediatamente a Teresa Martín y exigir una explicación. En lugar de hacerlo, abrió su propia conversación

con su madre. El corazón del mensaje de las cinco adquirió de repente un significado completamente diferente.

—Por eso me ha preguntado qué hacía esta tarde.

—Mi madre me ha preguntado si me había puesto una camisa limpia.

—Esto es peor.

—Mucho peor.

Durante los siguientes minutos reconstruyeron la conspiración. Irene, la amiga de Lucía, era prima de Pablo. Irene había hablado con Lucía sobre el experimento de las quince citas. Pablo necesitaba, según su prima, “salir más de casa”. En algún momento Irene comentó el nombre completo de Clara delante de Elena. Elena reconoció el apellido y preguntó a Teresa. Las dos madres descubrieron que sus hijos iban a tener una cita antes de que los propios protagonistas supieran casi nada el uno del otro.

—Nuestras madres tienen mejor información que nosotros —dijo Clara.

—Y más rápido.

—Esto parece un servicio secreto.

—Con recetas y consejos sobre ropa.

Clara recibió un mensaje en ese momento. Mamá: ¿Todo bien? Miró a Pablo. Él levantó las manos.

—No he informado a nadie.

—Todavía.

Clara escribió despacio. Clara: Mamá. ¿Sabías que estaba con Pablo? La respuesta tardó exactamente nueve segundos. Mamá:

¿Con qué Pablo? Clara enseñó la pantalla a Pablo.

—Está intentando disimular.

—Muy mal.

Llegó otro mensaje. Mamá: Ah, ¿el hijo de Elena? Qué coincidencia. Clara empezó a reírse tan fuerte que una mujer de la mesa de al lado la miró. Clara: Mamá. Mamá: ¿Qué? Clara: Hablamos luego. Mamá: Vale. Guardó el teléfono boca abajo.

—No voy a sobrevivir a esta familia.

—Si te sirve de consuelo, la mía es igual.

La coincidencia rompió cualquier tensión que quedaba entre ellos. A partir de ese momento la cita se convirtió casi en una investigación cómica. Pablo contó historias sobre su madre intentando presentarle a hijas de amigas. Clara confesó que Teresa podía preguntar “¿y ese chico quién es?” después de ver medio segundo de una fotografía de grupo. Descubrieron que sus madres habían coincidido incluso en una clase de pilates durante algunos meses. Clara recordó vagamente a Elena en una cena de barrio dos años antes. Pablo pensó que quizá había visto a Clara de lejos. La posibilidad de que ya se hubieran cruzado sin saberlo les hizo gracia. La conversación siguió siendo agradable. Pablo era atento, divertido y tenía una forma amable de escuchar. Le gustaban los documentales, jugaba al baloncesto con amigos los domingos y quería hacer prácticas en rehabilitación deportiva. Clara le contó más sobre Historia y sobre el trabajo de verano. También le habló del desastre bajo la lluvia con Marcos.

—¿Así que soy el número tres?

—Oficialmente.

—Nunca había tenido un número en una cita.

—No es una clasificación.

—Menos mal. ¿Hay premios?

—No.

—Entonces el sistema necesita mejoras.

Clara sonrió. Con Pablo se llevaba bien. Mucho. Quizá demasiado bien de una forma poco romántica. La conversación se parecía a hablar con un amigo que conocía desde hacía meses. No había nervios, pero tampoco esa pequeña curiosidad que había sentido al conocer a Marcos. Clara empezó a comprender que “una buena cita” y “querer otra cita romántica” no eran exactamente lo mismo. A las ocho pidieron algo de comer. Pablo eligió una tostada y Clara una porción de tortilla. Ninguno parecía tener prisa. Hablaron de viajes y de ciudades donde les gustaría vivir. Pablo quería pasar una temporada en Lisboa. Clara soñaba con conocer más lugares de España antes de pensar en irse lejos. Entonces Pablo miró el teléfono y puso una cara de horror.

—No.

—¿Qué pasa?

—Mi madre.

—¿Qué ha hecho?

Pablo giró la pantalla. Elena: Teresa dice que Clara es muy responsable. Hacéis buena pareja. Clara se tapó la cara con las manos.

—Llevamos una hora y media.

—Nuestras madres ya han llegado a la fase de pareja.

—A este ritmo mañana reservan restaurante para la boda.

—Mi madre conoce uno muy bueno.

—No bromees con eso.

Ambos rieron. Pablo escribió a Elena: “Mamá, por favor, deja de hablar con Teresa durante dos horas”. Elena respondió con un pulgar arriba. Clara estaba segura de que no iba a obedecer. Cuando terminaron de cenar, el cielo ya estaba oscuro, aunque el aire seguía siendo suave. Pagaron cada uno lo suyo y caminaron juntos hacia la Plaza Mayor. Había músicos en una esquina y grupos de estudiantes ocupaban los bancos. La piedra iluminada parecía casi dorada.

—Tengo una propuesta —dijo Pablo.

—Me da miedo después de los mensajes de nuestras madres.

—No es matrimonio.

—Bien.

—Creo que nos caemos muy bien.

—Sí.

—Pero no creo que esto sea muy romántico.

Clara lo miró sorprendida y después sintió alivio.

—Pensaba exactamente lo mismo.

—Perfecto.

—¿Perfecto?

—Sí. Así nadie tiene que inventar una excusa.

—Me caes genial.

—Tú también. Y nuestras madres estarán devastadas.

—Eso es un beneficio extra.

Decidieron que podían volver a verse como amigos, especialmente porque ahora tenían un enemigo común: la red de información formada por Elena y Teresa. Se despidieron riéndose y Pablo prometió avisarla si recibía nuevas instrucciones maternas. Clara caminó hacia casa pensando que aquella había sido probablemente la cita más fácil de las tres. No había química, pero tampoco decepción. Había conocido a una persona divertida y había descubierto que su madre poseía capacidades de investigación preocupantes. Cuando estaba a mitad de camino, el teléfono sonó. Esta vez era una llamada de su madre. Clara dudó unos segundos antes de responder.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Qué tal con tus amigas?

—Mamá.

—¿Qué?

—Sabes perfectamente dónde he estado.

Hubo un silencio breve.

—Bueno, Elena me comentó algo.

—¿Algo?

—Que Pablo iba a quedar con una chica llamada Clara.

—Y tú, por casualidad, no preguntaste nada más.

—Solo lo normal.

—¿Qué es “lo normal”?

—Qué estudiaba, cuántos años tenía, dónde vivía...

—Mamá.

—Quería saber si eras tú.

Clara se apoyó en una pared y empezó a reírse. No podía enfadarse de verdad. Su madre sonaba demasiado inocente.

—No necesito que me busques pareja.

—Yo no te he buscado a nadie.

—Has dicho a Elena que hacemos buena pareja.

—Solo he dicho que parecéis dos chicos responsables.

—Eso no es lo mismo.

—¿Te ha caído bien?

—Sí.

—¿Ves?

—Como amigo.

—Ah.

El “ah” de su madre tenía exactamente la misma intención que el “ah” de Marta cuando Clara mencionaba a Leo.

—Y no pongas esa voz.

—¿Qué voz?

—Esa.

—No he dicho nada.

Clara decidió cambiar de tema. Hablaron unos minutos sobre las clases y sobre una visita que Clara haría a casa más adelante. Antes de colgar, su madre prometió no investigar a sus próximas citas. Clara no creyó la promesa ni por un segundo. Al llegar al piso encontró a Lucía y Marta en el salón. Leo también estaba allí, sentado en el suelo junto a la mesa baja con varios papeles

y un portátil. Clara se detuvo en la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Buenas noches para ti también —respondió Leo.

—Está ayudándome con una presentación —explicó Marta.

—Yo pensaba que estudiaba Arquitectura.

—Y yo pensaba que tú sabías saludar.

Clara dejó el bolso. Leo llevaba una camiseta gris y el pelo rubio estaba ligeramente despeinado. Sobre la mesa había dibujos de edificios junto a las diapositivas de Marta. Lucía apareció desde la cocina con tres tazas y, al ver a Clara, abrió mucho los ojos.

—¡Número tres!

—Por favor, no delante de invitados.

—Ya conoce la lista —dijo Marta.

—Desgraciadamente —añadió Leo.

Clara se sentó en el sofá y contó la historia. Intentó resumirla, pero era imposible explicar la cita sin incluir a las dos madres. Cuando llegó al mensaje “hacéis buena pareja”, Marta se dobló de risa. Lucía pidió ver las capturas. Incluso Leo tuvo que dejar el lápiz sobre la mesa.

—Tu madre sabía de la cita antes que tú —dijo.

—Casi.

—Eso es impresionante.

—Eso es aterrador.

—¿Y Pablo?

—Muy simpático. Vamos a ser amigos.

—Entonces cita tres: sin desastre.

—No todo tiene que ser un desastre.

—Estoy empezando a preocuparme por mi predicción.

Clara sonrió. Había algo extraño en contarle a Leo sus citas.

Él escuchaba como si fueran episodios de una serie que seguía cada semana. Hacía bromas, pero nunca parecía juzgarla por el experimento.

—Por cierto —dijo Leo—, tu paraguas.

Abrió la mochila y sacó un paraguas pequeño de color burdeos.

—¿Qué es eso?

—Un objeto que protege de la lluvia.

—Sé lo que es un paraguas.

—Después del viernes no estaba seguro.

—¿Por qué me das un paraguas?

—No te lo doy. Te lo presto hasta que compres uno.

—Tengo otro.

—¿Funciona?

—Probablemente.

—Entonces necesitas este.

Clara tomó el paraguas. Era sencillo y bastante nuevo. Miró a Leo.

—¿Siempre llevas paraguas de repuesto?

—No. Este estaba en casa.

—Entonces lo has traído para mí.

Leo tardó una fracción de segundo en responder.

—Lo he traído para proteger a la ciudad de tu próximo paraguas roto.

—Ah, claro.

—Responsabilidad ciudadana.

Lucía miró a Marta. Marta miró a Lucía. Clara vio el intercambio y decidió ignorarlo. Colocó el paraguas junto a su bolso y se levantó para buscar agua. Mientras estaba en la cocina, escuchó a Lucía preguntar a Leo si él también tenía una madre casamentera. Clara no oyó la respuesta completa, solo una risa. Aquella noche, Marta añadió la tercera línea a la hoja naranja: “Pablo. Muy majo. Nuestras madres ya planeaban el futuro. AMIGO”. La última palabra estaba escrita en mayúsculas para evitar cualquier interpretación. Clara se quedó unos segundos delante de la nevera. Tres citas. Tres historias completamente diferentes. Álvaro le había enseñado que una buena primera impresión no garantizaba una buena conversación. Marcos le había enseñado que un desastre podía convertirse en una tarde divertida. Pablo le había demostrado que dos personas podían llevarse perfectamente bien sin necesitar romance. Después miró el paraguas burdeos apoyado junto a la puerta.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.